

# Otras democracias:

más allá de la democracia liberal

Víctor Hugo Gaytán M.\* / Josué Corona J.\*\*



La bufanda naranja, 1927.

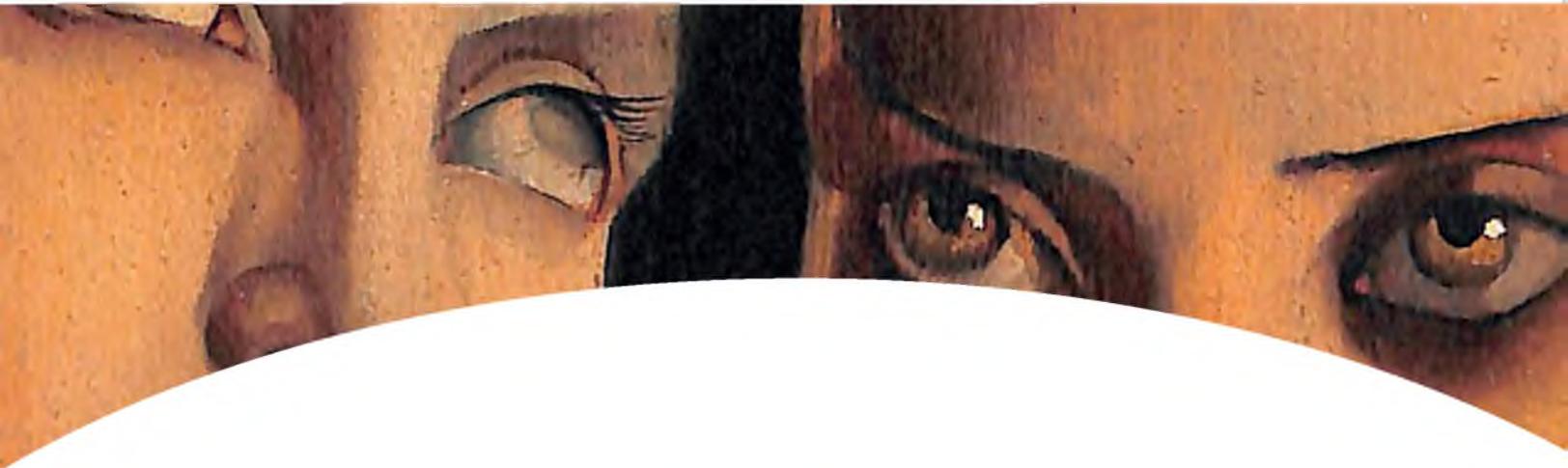
Fecha de  
recepción:  
2018-06-12  
Fecha de  
aceptación:  
2019-11-04

CHA  
MI  
ZAL

018

\* Maestro en Ciencias Sociales para el Diseño de Políticas Públicas de la UACJ.

\*\* Licenciado en Pedagogía por la Universidad Veracruzana y colaborador en *Revista Sin Recreo*.



De una “democracia sin adjetivos”, como la de Enrique Krauze,<sup>1</sup> y de lo que podría denominarse una “democracia ya”, sinónimo de urgencia, particularmente antes del 2000, año de transición política en México, se encuentran también otras perspectivas sobre democracias que pueden concebirse como adjetivadas, así como practicadas (ya) en el Estado mexicano. Este planteamiento se expresa sobre la evidente necesidad del respeto hacia tales formas democráticas porque, hay que saberlo, la democracia también es una forma de interacción favorable en las dinámicas de las relaciones interpersonales o intragrupalas. Este breve artículo contiene dos ejemplos sobre prácticas democráticas, que en la generalidad son menos visualizadas. Se da cuenta de los riesgos de hablar de una democracia “sin adjetivos”, ante

todavía la no consolidada democracia en el país, y se reflexiona en algo más que la democracia liberal.

Lo inadecuado de la democracia directa, ejemplo primero, que puede verse en términos de la organización de las comunidades indígenas, más bien es incongruente con la fuente de donde proviene la interpretación, a saber, de la democracia liberal; es decir, desde la influencia occidental en cuanto a la modernidad política. Lo inadecuado, por tanto, no es más que la expresión de derrota (contra aquellas comunidades que tienen una particular práctica democrática) de formas de organización democrática que no tienen mucho que ver con formas de organización occidentales modernas. Por eso es que la crítica en contra resuena tanto y, ante nuestros oídos —no de todos—, es de satisfacción y agrado, porque estamos educados para aquello y no para lo nuestro; esto es, acostumbrados al discurso de afuera, olvidamos que adentro hay una (s) propia (s) esencia (s)



<sup>1</sup> Enrique Krauze, *Tarea política*. Tusquets Editores, Ciudad de México, 2000, p. 91.

que no se puede (n) describir ni prescribir desde lo de afuera.

Un ejemplo más viene de las formas en que proceden diversos grupos y organizaciones autónomos (colectivos, asociaciones); se podría ver que las formas de procedencia de la democracia representativa quedan superadas por la capacidad organizativa de tales grupos para hacer su democracia, es decir, para disponer de la capacidad de: a) decidir; b) de votar (a mano alzada o con la emisión de un “sí”, un “no”, un “de acuerdo” o “en desacuerdo”); c) de hablar (con límites o aperturas temporales consensuadas); o d) de disentir (algo propio de las organizaciones y grupos donde la discusión es un elemento sustancial), etcétera.

Debido al desconocimiento y desapego de los demócratas liberales —defensores de la democracia burguesa, que se justifica por sus medios y fines (o en su fin)—, de otras formas de prácticas democráticas —no precisamente expresadas en un documento oficial (Constituciones)— se in-piensa en lo que podría ser la posibilidad presente y futura de una democracia, sí, con adjetivos, pero también apegadas a las necesidades generadas propiamente por elementos/ideas/formas de pensar de grupos, incluso disidentes —caso que no necesariamente se vuelve regresivo o negativo

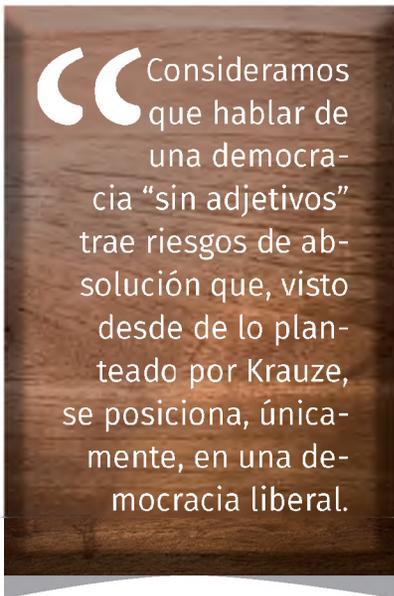
en sociedades plurales—, que, aunque con riesgos a la relativización propios de la posmodernidad —con sus ventajas o desventajas, como máscara o no del capitalismo— tienen como sustancia básica el diálogo, la discusión, la negociación, el elemento pacífico (exceptuando,

por presentar un caso, los fundamentalismos religiosos) de la interrelación contractual, y, entre todo, la buena práctica democrática, donde la representatividad, nuevamente, queda superada.

Hasta aquí, entonces, consideramos que hablar de una democracia “sin adjetivos” trae riesgos de absolutación que, visto desde lo planteado por Krauze, se posiciona, únicamente, en una democracia liberal.

El apego a lo absoluto, contradictorio con el posmodernismo, no es más que el seguimiento de una problematización vana y peligrosa: la de eliminar la vasta variedad de democracias y *praxis* políticas al interior de un Estado donde sus comunidades se pueden auto-gobernar.

De esto, los demócratas liberales podrían objetar que lo antes apuntado se queda en democracias assembleístas distanciadas de una realidad que, a fin de cuentas, termina por ser una *potestas* [degrada] como forma única de gobernar mandando, en lugar de obediendo, y no la *potentia* que explica



Consideramos que hablar de una democracia “sin adjetivos” trae riesgos de absolutación que, visto desde lo planteado por Krauze, se posiciona, únicamente, en una democracia liberal.

Dussel.<sup>2</sup> Hasta aquí puede haber cierto acuerdo, aunque con una consiguiente contra-objeción: la importancia del asambleísmo radica en su forma y en la sustancia, lo político, que implica la *praxis*: donde tanto la teoría y la práctica se conjugan y juegan roles distintos de acuerdo con los participantes o asambleístas, con el añadido de que ellos son *parte y todo* al momento de movilizar el pensamiento, el cuerpo, la voz y la acción conjunta.

Con esto también se apunta que las prácticas democráticas de las organizaciones autónomas superan desde dentro la pura definición del asambleísmo para dar/generar/transmitir poder a/en/con los sujetos que a sí mismos se vuelven derecho y política. Actores de su propia historia, las organizaciones indígenas o no indígenas, conjugan entre sus participantes la hipótesis de *ser y existir* sobre su función en el hecho de pertenecer. Una organización como género, de la que derivan muchas clases o tipos, entonces, no es *pura* asamblea, ni más ni menos que ella, es la ante y sobre posición de esa forma de actuar político: es un conjunto de prácticas que se construyen en la participación, en la integración (personal o colectiva) y en la inclusión de aquellos, todavía, menos *capaces* de hacer política.

Podemos agregar, también, contra la objeción primaria, que hay cierto grado de complacencia con lo que Slavoj Žižek, al inicio de *Menos que nada*,

escribe (a propósito de los planteamientos hegelianos y relacionados con la Revolución Cultural):

*“¡Está bien revelarse!”*

En ello radica la definición de un auténtico Amo: un amo, en cuanto tal, no es un agente de prohibición y disciplina, su mensaje no es “¡No puedes!”, ni “Debes...!”, sino un liberador “¡Puedes!” Pero puedes hacer... ¿qué? Hacer lo imposible, es decir, lo que parece posible dentro de las coordenadas de la constelación sociopolítica existente. Y hoy en día esto significa algo muy preciso: puedes pensar más allá del capitalismo y de la democracia liberal como el marco teórico definitivo de nuestras vidas.<sup>3</sup>

Aquí agregaríamos, nada más, una diferencia con Žižek: el auténtico Amo lo ubicaríamos no en Uno más, sino en el Mí mismo; y si acaso viéramos al Amo en Uno más, éste tendría que ver a la *potentia* como el Amo primero; así, el Amo del que habla Žižek también podría ser un fuerte ¡Tú! ¡Tú puedes porque desde ti hay una fuerza!, un Uno trascendente al exterior. Este Tú, independiente del capitalismo y la democracia liberal, puede porque es. Éste es un elemento-sujeto, como muchos, que puede ser Amo de sí mismo —con los Unos— para gobernarse conjuntamente en su(s) propia (s) democracia (s). 



<sup>2</sup> Enrique Dussel, *20 tesis de política*. Siglo XXI, Ciudad de México, 2006, 174 pp.

<sup>3</sup> Slavoj Žižek, *Menos que nada: Hegel y la sombra del materialismo dialéctico* (trad. Antonio José Antón Fernández). Akal, Madrid, 2015, p. 7.